

Prospección arqueológica en las cuevas del Cerro Rabón (Sierra Mazateca, Oaxaca)

*Román Hapka y Fabienne Rouvinez**

El proyecto de prospección arqueológica nació a raíz de unas expediciones espeleológicas norteamericanas y suizas en el macizo del Cerro Rabón. A partir de 1984 (Colton 1986), se llevó a cabo la prospección en las cavidades subterráneas de la región durante aproximadamente un mes al año. Se señaló, en una primera publicación de los resultados espeleológicos del Proyecto Cerro Rabón (Bitterli et al. 1990), la presencia de vestigios arqueológicos, como cerámica y restos óseos humanos, entre otros descubrimientos. Posteriormente, se inició nuestra investigación arqueológica aprovechando la infraestructura y los contactos locales establecidos en esa expedición espeleológica.¹

En 1992, la investigación arqueológica contaba con un equipo formado por los autores del presente artículo y Manuel Aragón (geólogo), Ernest Garza (fotógrafo), Pierre-Yves Jeannin (geólogo), Marc-Antoine Kaeser (arqueólogo), Moira Ni Loinsigh (arqueóloga), Bruno Manser (etnólogo), Karlin Meyers (espeleólogo), Corinne Poncioni (estudiante en arqueología), Dominique Rouiller (arqueóloga) y Pascal Schenker (espeleólogo). Queremos expresar nuestro más profundo agradecimiento a nuestros amigos mazatecos quienes favorecieron la realización de este estudio en un ambiente muy agradable.

Introducción

El descubrimiento en 1971 de una cueva debajo de la Pirámide del Sol en Teotihuacán permitió abordar el papel del mundo subterráneo en las civilizaciones mesoamericanas con un nuevo enfoque (Heyden 1975, 1981). Descubrimientos posteriores realizados en el área cultural maya

corroboraron el papel de las cuevas en calidad de sitios sagrados y con principio fundador por debajo de construcciones mayores, como las de la región de Petexbatún en Guatemala (Brady 1991).

Al prospectar en una región kárstica² ubicada en una zona periférica, alejada de los grandes centros ceremoniales y económicos, deseamos contribuir al estudio del papel del mundo subterráneo en la cultura mesoamericana, con un énfasis particular en la cultura mazateca. Los descubrimientos recientes,

* Seminario de Prehistoria, Universidad de Neuchâtel.

realizados en el macizo calcáreo del Cerro Rabón en la Sierra Mazateca, atestiguan importantes actividades culturales y funerarias, desconocidas hasta ese momento.

El presente artículo tiene como objetivo exponer diferentes formas de relación entre el hombre y el mundo subterráneo; proporcionar un enfoque metodológico para la prospección en cuevas; definir tipos morfológicos de las grutas arqueológicas; establecer una tipología de las estructuras funerarias; y describir otros acondicionamientos subterráneos hallados. Se procederá a fechar la presencia humana en la región, en base a la tipología cerámica, que nos informa también acerca de las corrientes de influencia externa. Se presentará en forma más detallada la cueva de Las Ruinas, seleccionada como ejemplo entre los 52 sitios estudiados, todos pertenecientes al periodo Postclásico.

Contexto geográfico

La meseta del Cerro Rabón se localiza a 300 km al sureste de México, D.F., en la Sierra Mazateca (Fig. 1), en los límites de los estados de Oaxaca, Puebla y Veracruz. Forma parte de una importante cordillera montañosa que se extiende entre las ciudades de Orizaba y Oaxaca, separando las tierras bajas del trópico húmedo (del Golfo de México) y las altiplanicies áridas del México central. La meseta del Cerro Rabón se sitúa en el límite oriental de la Sierra Mazateca, y por tanto recibe abundantes lluvias (entre 3 000 y 7 000 mm al año), propicias para el crecimiento de una densa y frondosa selva tropical.

La meseta del Cerro Rabón ofrece un relieve calcáreo muy marcado, constituyendo un bloque totalmente karstificado que deja permear las aguas pluviales con rápida infiltración en amplias superficies, sin nunca lograr la formación de un río. El paisaje se caracteriza por la presencia de gigantescas dolinas,³ de 200 a 500 m de diámetro y de 100 a 500 m de profundidad. Estas depresiones se eslabonan a lo largo de las fallas, formando así grandes valles secos. En general, las cuevas, simas y abrigos presentan su abertura en las laderas de las dolinas. Aportan la eviden-

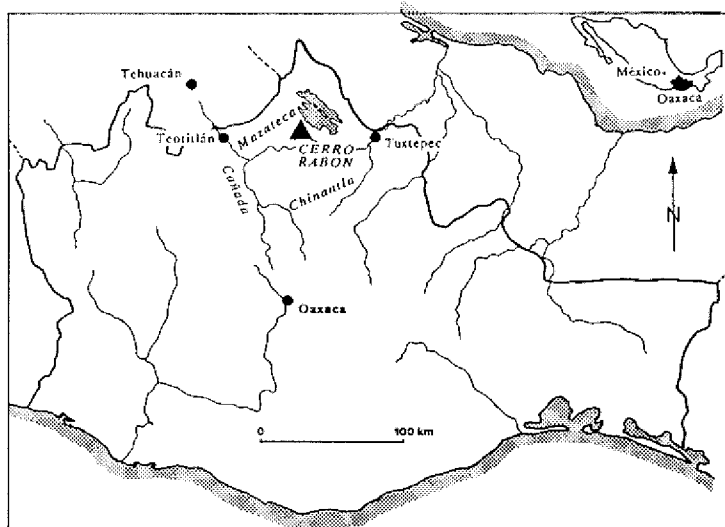


Figura 1 - Localización del Cerro Rabón en el estado de Oaxaca y en México.

cia de antiguos mantos freáticos abandonados, ahora recortados por la erosión de la superficie y frecuentemente cegados por diversos sedimentos o concreciones.

El trabajo se efectuó en dos zonas sucesivamente (Fig. 2), una ubicada en San José Tenango en un valle empinado con altura media (700-900 m), y la otra en San Martín Caballero en la meseta central con altura más elevada (1 300-1 700 m).

Contexto arqueológico y etnológico

Los mazatecos forman parte de la gran familia lingüística otomangue; se separaron de la subfamilia ixcatteca-popolaca-chocho alrededor de 500-400 a.C. (Winter 1989). Esas fechas coinciden con una primera colonización de las tierras altas mazatecas de la región de Huautla: se hallaron evidencias en Blade Cave (Steele 1987). La ocupación parece haberse dado en forma continua durante los siguientes periodos, en el Clásico Tardío (Eloxochitlán, Winter y Urcid 1976), intensificándose durante el Postclásico, del cual se encontraron numerosos vestigios en algunas grutas, como la cueva de Tenango (Winter 1984).

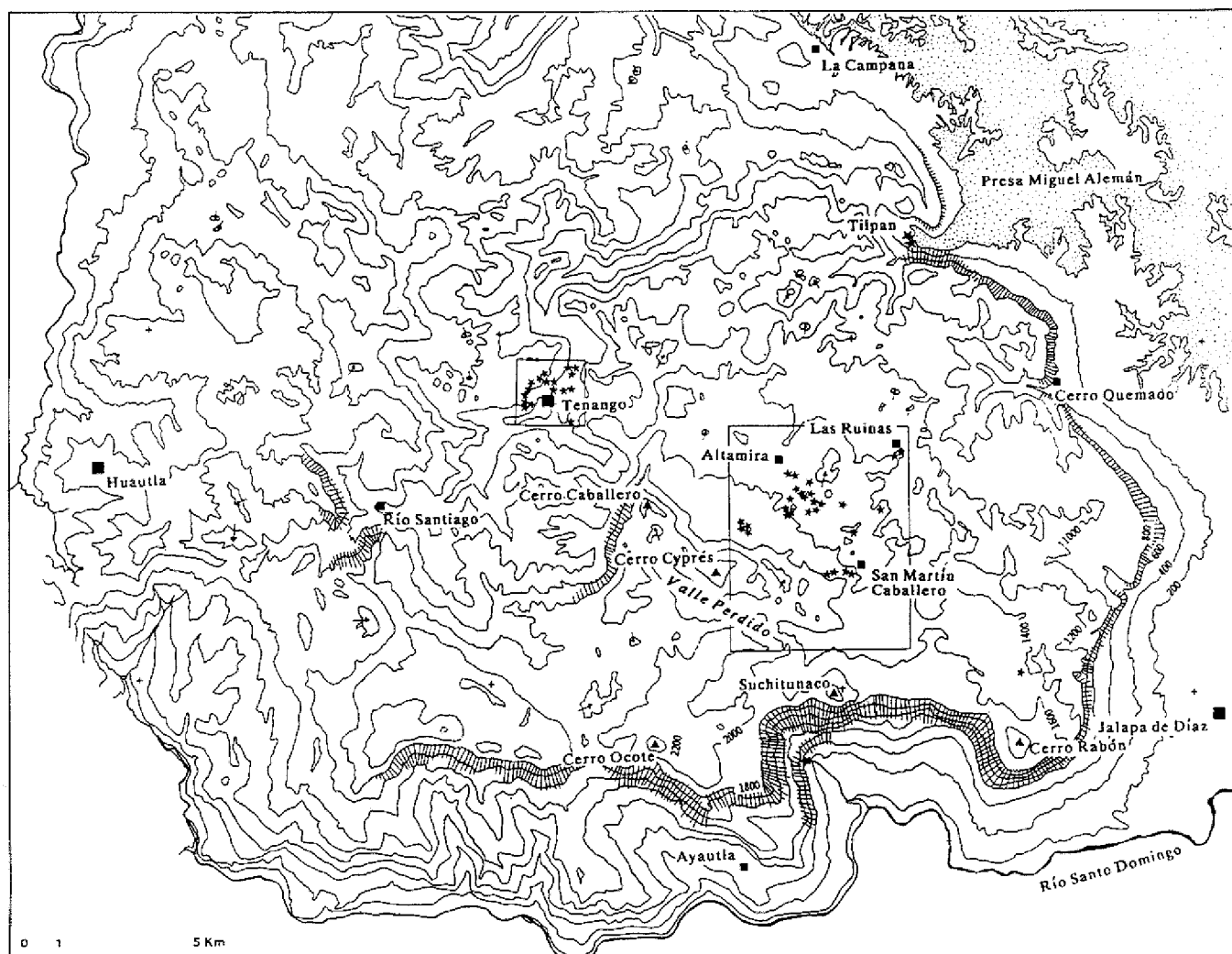


Figura 2 - Localización de las dos regiones de las que se hizo la prospección □; y sitios localizados ★.

La presencia simultánea en el valle de Tenango de cerámica con engobe rojo (probablemente procedente de la Cuenca de México, Winter *et al.*, en prensa) y de tumbas con arquitectura monumental (Hapka y Rouvinez 1993)⁴ nos permite formular la hipótesis de una ruta azteca entre Teotitlán y Tuxtepec (Winter 1989), pasando por San José Tenango.

La población mazateca cuenta en la actualidad con aproximadamente 100 000 personas distribuidas en numerosos pueblos y algunas pequeñas ciudades. Esta población posee una literatura oral muy abundante, la cual refleja las tradiciones y creencias locales (Inchaustegui

1977 y 1983). En su mitología, las grandes cavernas y la montañas son el hábitat de seres sobrenaturales. Como en toda Mesoamérica, las cuevas albergan a los dioses de la lluvia, del trueno y del agua. Dos narraciones modernas recogidas por Inchaustegui (1977) relatan ceremonias de imploración a los dioses de la lluvia en las cuevas e ilustran cómo han perdurado hasta nuestros días.

La Señora de las Lluvias: En la cueva del cerro Rabón donde vive el Arco Iris hay dos chichis de piedra que gotean. Ahí van los brujos a pedir agua. Chupan las chichis para que llueva. Llevan

40 velas, dos totoles que dejan amarrados allí después de chupar la piedra. A los tres o cuatro días llueve. Para parar el agua (cuando llueve demasiado) van al pocito que hay arriba del cerro para hablar y rendir homenaje. Entonces se cosechan bien las siembras. Le adoran como un dios porque dicen que ahí está la Reyna de las Lluvias, que así llaman a las piedras. En idioma mazateco se les dice "Naa-en-tsi".

Invocación a las lluvias. Esta es una creencia que existió en Ixcatlán hasta hace más o menos cinco años. Los brujos, cuando la temporada de sequía se prolongaba hasta junio o julio, reunían a sus vecinos y acordaban ir a llamar a la lluvia, juntaban entre sus indígenas, gallinas, guajolotes, tabaco, licores y flores, luego se dirigían a un lugar llamado Cerro Chiquito, cerca de San Felipe Tilpan, en donde está la piedra con chichis parecidas a las de una mujer. La ceremonia se verificaba metiendo todas las ofrendas en la cueva, los brujos rezaban, quemaban copal y por último le daban una nalgada con agua bendita a las chichis de piedra y después los brujos eran los que comían las ofrendas para que las lluvias llegaran más pronto, y terminada la ceremonia se marchaban de regreso. Muchas veces sucedió que no bien salían de la cueva cuando ya veían ponerse la lluvia.

Entonces la cueva es, como en toda Mesoamérica, un lugar sagrado para los mazatecos tradicionales; tuvimos por lo demás la oportunidad de experimentarlo durante la prospección. Nos enteramos de que se había celebrado una ceremonia frente a una de las cuevas, después de nuestra visita. Los mazatecos le temen al mundo subterráneo, que simboliza la muerte considerada como un paso difícil, en el cual un perro negro debe guiar al difunto para atravesar el gran río (Villa Rojas 1955: 120). Estas creencias recuerdan el viaje difícil hacia Xibalba (el mundo subterráneo), entre los indios del Quiché (Carot 1989: 30).

El origen de esos mitos, a menudo asociados con ritos, remonta a épocas anteriores a la conquista española. Por este motivo pueden aportar elementos de interpretación de los vestigios arqueológicos del Postclásico descubiertos durante nuestra prospección.

Métodos de prospección

En una primera etapa nos dedicamos a estudiar todos los sitios descubiertos durante las diversas expediciones espeleológicas entre 1987 y 1991. En una segunda etapa, prospectamos en forma sistemática una zona de aproximadamente 300 m alrededor de cada gruta. En la tercera etapa, fuimos apoyados por informantes locales quienes nos auxiliaron en la localización de nuevos sitios. Este último procedimiento parece el más apropiado en una región con topografía accidentada y espesa cubierta vegetal. El método se reveló sumamente eficaz en la práctica, aunque por desgracia presenta una gran desventaja: en general, todos los sitios conocidos por los autóctonos están perturbados y saqueados en mayor o menor grado.

Paralelamente, intentamos establecer un patrón de asentamiento humano en el Postclásico, a partir de la unidad geográfica local que representan las dolinas gigantes (Fig. 3). El tipo de asentamiento actual nos indica que el fondo de las dolinas, más plano que el resto y con la mejor tierra arable, se utiliza para agricultura y ganadería; en las laderas, a medio cerro, se encuentran los cultivos y la vivienda con hortalizas y pequeños animales domésticos; en la cima, a menudo rodeada por pequeños acantilados, se conserva el bosque, explotado para obtener leña; los datos arqueológicos demuestran

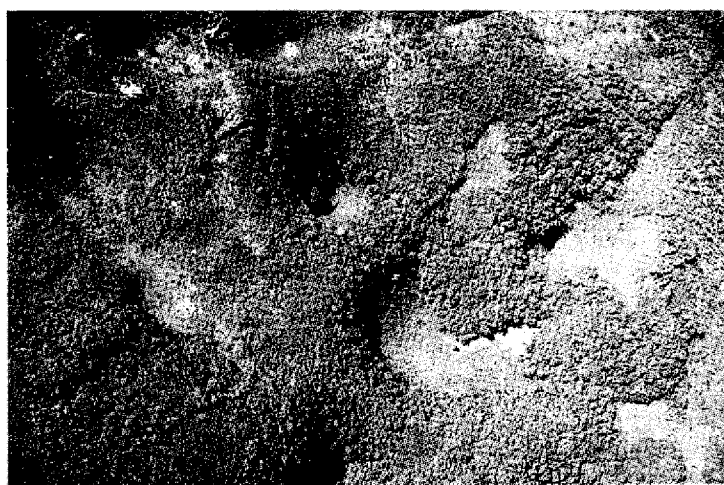


Figura 3 - Vista aérea del paisaje y explotación de dolinas (foto Roman Hapka).

que es precisamente donde se hallan las cuevas y abrigos con funciones funerarias y rituales. Queda por verificarse la localización de los hábitats arqueológicos, cuyos vestigios se escapan muy fácilmente de la observación. Al respecto, se realizó la prospección sistemática en dos dolinas de la altiplanicie central, las cuales serán objeto de un estudio ulterior.

Problemática propia del mundo subterráneo

Sólo cuatro de los 52 sitios arqueológicos descubiertos y estudiados se encuentran al aire libre. Esta circunstancia de la investigación está obviamente vinculada con la decisión de prospectar en cueva, por un lado, y con la realidad de un terreno "la selva tropical" difícil para la prospección en superficie, por el otro. Los 48 sitios en cuevas y otras cavidades naturales demuestran, por lo pronto, la importancia del mundo subterráneo para los antiguos mazatecos. Este medio, frecuentemente percibido con hostilidad, tiene sus propias reglas y requiere cierta adaptación en las técnicas de avance y trabajo.

La prospección en medio subterráneo se realiza principalmente con luz artificial, excepto alrededor de las entradas y en los abrigos; a esto se aúna un recorrido en un mundo exclusivamente mineral. Los suelos están constituidos por limos, arcillas y bloques, o se hallan más o menos lisos, a causa de los escurrimientos. La ausencia de capa vegetal, y por consiguiente de humus, provoca una mínima sedimentación y los vestigios se entierran menos rápida y profundamente que al aire libre. En estas condiciones, los rastros de actividades no naturales permanecen, en su mayoría. No obstante, aunque se pueda reconocer la mayor parte de las construcciones humanas desde un primer vistazo, otras se escapan generalmente de la atención del visitante inexperto; no hay que despreciar numerosos indicios frágiles, como cierta regularidad en la organización de unos deslaves, una discontinuidad en un depósito limoso, la ubicación anacrónica de un fragmento quebrado de concreción o bien el lustrado de las paredes de una zona estrecha.

De ahí se destaca la suma importancia que debe otorgarse a la primera visita de una gruta; evidentemente, una espléndida cerámica pintada colocada en un nicho o una tumba casi intacta se revelan muy atractivas, no obstante esos descubrimientos espectaculares están íntimamente relacionados con todo un conjunto de huellas más fugaces que también se deben registrar y estudiar.

Para eso se requiere un buen conocimiento del medio subterráneo. El origen, funcionamiento y morfología de la caverna (forma de las galerías, posibilidades de continuación, dificultad de obstáculos, etc.) así como su relleno (antigüedad de los sedimentos, tipo de ruptura de una concreción, modo de derrumbe de una pared, etc.) obedecen a ciertas leyes físicas que debemos conocer para localizar con mayor facilidad cualquier rastro de actividad humana y diferenciarla de los fenómenos naturales. Por ejemplo, un lienzo completo de pared puede derrumbarse, dejando bloques calcáreos regulares, perfectamente ordenados, imitando un muro o un borde de terraza a la perfección. Al contrario, ciertos constructores parecen haber tenido nociones muy extrañas de arquitectura, despreciando todo tipo de plano regular y utilizando solamente bloques informes o fragmentos de concreciones.

El saqueo constituye otro elemento de perturbación; resalta como fenómeno particularmente nefasto, ya que obstruye, transforma e incluso destruye las estructuras y la organización espacial de los vestigios; resulta a veces difícil situarlo en el tiempo, pues los saqueos parecen haber existido desde la época prehispánica hasta nuestros días. Cabe entonces señalar la importancia de establecer una diferenciación entre los rastros de actividad arqueológica y las interferencias posteriores. Por último, conviene cuidar de no contribuir uno mismo al desorden imperante y explorar la gruta con precaución.

En el Cerro Rabón, intentamos aplicar este enfoque "ambientalista" de los vestigios arqueológicos. Se logró gracias a la estrecha colaboración con los espeleólogos que exploraron las cuevas, los geólogos especializados en fenómenos kársticos y, también, gracias a nuestra propia experiencia en el mundo subterráneo.

Morfología de la grutas arqueológicas

Las 48 grutas arqueológicas estudiadas ofrecen dimensiones y formas muy diversas. Pueden clasificarse en cinco tipos morfológicos: las cuevas complejas, las cuevas simples, las hendiduras y grietas, los abrigos y, por último, las simas.⁵

LAS CUEVAS COMPLEJAS forman verdaderos laberintos que pueden desplegarse a lo largo de cientos de metros, e incluso varios kilómetros. Se detectaron doce grutas arqueológicas de este tipo en el macizo. Son antiguos sistemas freáticos cuyas galerías miden a veces hasta 10 m de ancho y donde se encuentran importantes depósitos sedimentarios. Cuando no se hallan demasiado lejos de la superficie, estas galerías constituyen lugares de utilización privilegiados.

LAS CUEVAS SIMPLES constan de una o dos galerías cuya extensión no rebasa unas decenas de metros. Estas grutas son frecuentemente exiguas e interrumpidas por zonas de estrechamiento. De las 30 grutas visitadas, 20 presentaron resultados positivos; por lo que deducimos una utilización frecuente.

LAS HENDIDURAS, NICHOS Y GRIETAS se encuentran en grandes cantidades, centenares; de hecho, forman la superficie propia del macizo. Las prospecciones permitieron revisar más de 200, de los cuales unos 10 ofrecieron vestigios arqueológicos. Esas 10 cavidades no rebasan los 10 m de largo y la luz solar penetra a menudo hasta el fondo.

LOS ABRIGOS representan la última categoría de cavidades de tipo horizontal. Se localizan en los acantilados que bordean el contorno de ciertas dolinas, así como en las paredes de las simas de hundimiento más anchas y cuyo fondo es más accesible. Sólo en tres se evidenció una ocupación durante el Postclásico.

LAS SIMAS son indudablemente la principal característica del macizo. Las más pequeñas no alcanzan los 10 m de profundidad, mientras que las más grandes pueden medir cientos de metros e incluso rebasar el kilómetro.⁶ Aunque visitamos unas 100, encontramos muy pocos

vestigios arqueológicos. Sin embargo, la proximidad del vacío no parece haber sido un obstáculo, como lo demuestra una inhumación localizada en la entrada de una sima, en la boca de un pozo⁷ de 35 m de hondo, o bien el descubrimiento de dos vasijas cerámicas casi intactas en una galería cuyo único acceso es por un descenso vertical de más de 90 m.⁸

De esta manera, cuevas simples, cuevas complejas y hendiduras o grietas resultan ser cavidades de mayor uso, mientras que los sitios en simas y abrigos son más escasos. De las 300 cavidades visitadas en la región, 48 muestran huellas de ocupación humana. Las 250 cavidades sin uso presentan el mismo tipo morfológico que los sitios ocupados. Quizá prevalezca un criterio para la selección del sitio, pero se desconocen sus modalidades.

Construcciones y acondicionamientos subterráneos

Las construcciones y los acondicionamientos subterráneos descubiertos en el Cerro Rabón conciernen usos diferentes: prácticas funerarias, prácticas de culto (con estructuras de altares, litófono, terrazas y montículos de cerámica), recolección del agua para culto y uso doméstico. También se observaron entradas cerradas por un muro.

De los 48 sitios considerados, 27 cuentan con estructuras funerarias y 29 con instalaciones relacionadas con el agua (recolección, almacenamiento, ritos). En ocho sitios se encontraron los dos tipos de estructuras, asociando así ambas funciones.

Arquitectura funeraria en cueva

Catorce cuevas albergan una sola tumba; ocho de ellas, entre dos y cinco estructuras funerarias, mientras que una cueva compleja y un abrigo de más de 80 m de largo constituyen verdaderas necrópolis, con 22 y 15 tumbas respectivamente.

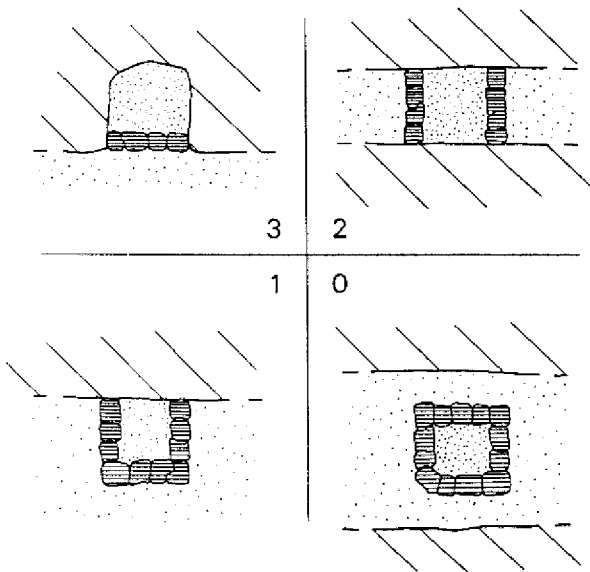


Figura 4 - Plan esquemático de 4 grupos de tumbas.



Figura 5 - Tumba del grupo 2 de la cueva de Agua Canoa (foto Urs Widmer).

La modalidad de sepultura más usual es la inhumación simple o múltiple en cámaras construidas. Rara vez se observaron inhumaciones en tierra o en simples hendiduras sin construcción aparente. Se inventariaron 27 grutas, presentado un total de 79 estructuras funerarias, todas fechadas del Postclásico. Dados los avances actuales de la investigación en Mesoamérica, un conjunto de esta magnitud y con tal

homogeneidad temporal aparece como un fenómeno único. En consecuencia, se pudo realizar un primer intento de clasificación de la arquitectura funeraria en cueva.

Los datos topográficos son importantes para los acondicionamientos en abrigo o en cueva. Los constructores buscaron lugares que ofrecían mayores posibilidades arquitectónicas, con el fin de simplificar la construcción. La utilización de una o de varias paredes naturales —entendiéndose éstas como la roca madre—, en lugar de muros de contención, representa el elemento más destacado de la arquitectura funeraria en medio subterráneo. Cuando la cámara funeraria es una hendidura, la construcción se simplifica al máximo.

Por lo general, insistimos, para la arquitectura subterránea, en el criterio topográfico, y más específicamente en el acondicionamiento de las sepulturas. Así podemos clasificar las 79 tumbas observadas durante nuestra prospección en cuatro grupos principales, en función del número de paredes naturales utilizadas (Fig. 4).

GRUPO 0 (NINGUNA PARED NATURAL UTILIZADA): la tumba no tiene contacto lateral con la roca madre, es decir que está construida sin apoyarse contra la pared. Esas estructuras ofrecen la mayor semejanza con la arquitectura de las construcciones al aire libre, con sus adaptaciones al mundo subterráneo. Las tumbas están edificadas en el centro de una galería, sea sobre el suelo, sea parcial o totalmente enterradas, pero en ningún caso se usa una pared natural de la cueva para constituir un lado.

GRUPO 1 (UNA PARED NATURAL UTILIZADA): la tumba está adosada contra la pared de una galería o de un abrigo, y los demás lados están contruidos. Así se aprovecha la topografía de la cueva para elaborar una tumba. Sin embargo, los constructores conservan una gran libertad para seleccionar la implantación, ya que esta opción ofrece numerosas posibilidades. Al apoyar la estructura contra una pared natural, se consigue mayor estabilidad del conjunto y, además, se ahorran muchos esfuerzos y tiempo.⁹

GRUPO 2 (DOS PAREDES NATURALES UTILIZADAS): cierre completo de una sección de galería, generalmente un pasaje estrecho, mediante dos muros opuestos (Fig. 5). Cuando lo ancho de

una galería correspondía aproximadamente a las dimensiones de una tumba (menos de 2 m, en general), los constructores edificaron simplemente dos muros opuestos, uniendo las paredes naturales y tapando el conducto. Aprovecharon en particular las galerías bajas y los pasajes estrechos, pues la bóveda natural puede entonces hacer las veces de cubierta. Aquí resaltan las limitaciones del medio.

GRUPO 3 (TRES PAREDES NATURALES UTILIZADAS): cierre de una hendidura, una cueva simple o un nicho en una galería mediante un simple muro. Esta tumba se integra perfectamente a la morfología de la cueva. Es la forma más sencilla de crear un espacio funerario, cerrando una pequeña cavidad natural con unos cuantos bloques, con un muro de mampostería o de piedras sin mortero. Los antiguos mazatecos aprovecharon en gran medida las posibilidades que ofrecían las múltiples concavidades y grietas del relieve kárstico.

No se observó ningún acondicionamiento particular del substrato calcáreo, como por ejemplo la excavación de un nicho rocoso o la nivelación de una terraza; en cambio ocurrieron importantes arreglos de los sedimentos blandos de las galerías en el caso de las tumbas parcial o totalmente enterradas.

Además de esas diversas adaptaciones al relieve, se registraron otras variaciones. Las tumbas pueden estar aisladas, yuxtapuestas, con divisiones internas o superpuestas. El plano se adapta a la cavidad, rectangular, trapezoidal o bien ovalada, pero resulta a menudo bastante difícil identificarlo. Una sola tumba presentó un pasillo para acceder a la cámara funeraria propiamente dicha.

Las paredes están construidas con grandes bloques calcáreos, o con muros de piedras con o sin mortero de lodo. La mayoría de los bloques están sin labrar y presentan una cara plana en el interior de la tumba. Los intersticios están tapados con pequeños fragmentos de piedra. En pocas ocasiones, un recubrimiento de cal (estuco) reviste las paredes. No se observaron rastros de pintura ni de otro tipo de decoración.

En la mayoría de los casos, el techo natural de la gruta constituye la cubierta, como característica propia del medio subterráneo. Cuando el estado de conservación permite identificar un

tipo de cubierta construida, se trata de una bóveda salediza o de un techo plano; en ambos casos, el conjunto está cubierto por losas de hasta 1.50 m de largo. En general, el piso es natural y consta de una capa no muy espesa de sedimento limoso seco o arcilloso; en ocasiones está aplanado. En las construcciones más elaboradas, se encuentra un enlosado o una capa de mortero. Las dimensiones de las tumbas varían entre 0.60 y 6 m de largo y 0.40 y 2 m de ancho. La altura es siempre inferior a 1.50 m y, con frecuencia, el espacio entre el piso y la bóveda no rebasa 0.30 m, dejando apenas el paso para una persona.

Moser (1975) describió unas construcciones análogas en una gruta localizada en la parte sur de la Cañada Mixteca. La cueva de Ejutla ofrece un conjunto de 30 a 40 estructuras funerarias postclásicas. Ahí se encontraron diferentes tipos de tumbas: celdas circulares en el centro de galerías (grupo 0 arriba mencionado), formando agrupaciones de varias unidades, y tumbas rectangulares, cuadradas o semicirculares adosadas en la pared (grupo 1). Esta cueva presentaba también pequeñas galerías cerradas por un muro, acondicionadas en tumbas (grupo 3). Los planos de las estructuras funerarias son irregulares y dispares, en función de las paredes y del techo natural. Las construcciones están hechas con piedras labradas o con bloques naturales, con un espeso mortero de lodo. Las dimensiones de las estructuras circulares son mayores que en el Cerro Rabón, pues varían entre 3 y 4 m de alto, con un diámetro de 1 a 1.25 m.

Las dos tumbas de la cueva de Tenango, fechadas del Postclásico Reciente y estudiadas por Winter (1984), recuerdan las del *corpus* analizado aquí. Una de ellas es circular, construida con bloques rectangulares unidos con mortero de lodo. Se apoya contra una pared de la cueva (grupo 1) y mide aproximadamente 2.70 m de largo y 1.50 m de alto. La otra es una tumba en forma de cajón, situada en el centro de una galería, con techo plano, y dimensiones de 3 m x 1.50 m y 1 m de altura máxima. Está construida con losas verticales y el piso con pizarras cubiertas de estuco.

No se pudieron estudiar las modalidades de entierro, a causa de las numerosas destrucciones provocadas por los saqueos. Sin embargo, no se observó ninguna cremación y es probable

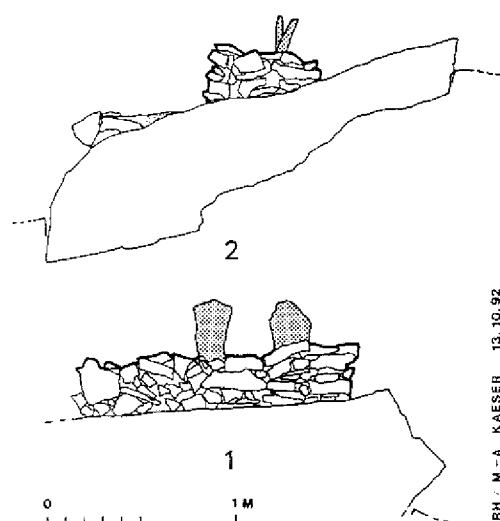


Figura 6 - Vistas del altar de la cueva de Agua Canoa; 1: de frente; 2: de perfil.

que ciertas inhumaciones sean secundarias, particularmente en las galerías estrechas; otras, halladas en galerías más anchas y con construcción más elaborada, pueden haber albergado entierros primarios. Por esta misma razón, resulta difícil determinar el estatuto social del difunto en función de sus ofrendas; no obstante encontramos cerámica burda en la mayoría de las tumbas, mientras que algunas contienen tepalcates decorados y objetos de adorno que permiten imaginar las riquezas desaparecidas y suponer una distinción social.

Acondicionamientos asociados con cultos

Además de los vestigios funerarios, se observaron otros vinculados con el culto: los altares, por ejemplo.

En la región maya, los altares son simples plataformas cuadradas o rectangulares, o bien oratorios en forma ovalada, con un hueco en el centro (Fauvet-Berthelot 1986). Las dos estructuras descubiertas en el Cerro Rabón e interpretadas como altares son plataformas rectangulares construidas con piedras, midiendo aproximadamente 1.50 m de largo, entre

0.30 y 0.50 m de ancho y 0.30 y 0.40 m de alto. Se caracterizan por la presencia de un par de elementos verticales: estelas en la cueva de Agua Canoa (Fig. 6) y estalagmitas en la cueva de Las Ruinas. Estos altares, localizados en dos cuevas complejas, acompañan otros numerosos acondicionamientos, tales como tumbas, muros de entrada, plataformas, pozas donde se recolecta agua, etc. Sin embargo, se hallan apartados, en lugares de difícil acceso, más allá de pasajes bajos y estrechos o en la base de pozos. Por la ausencia de mobiliario arqueológico (vasijas, estatuas, ídolos...), no podemos precisar su función exacta. Sin embargo, la presencia de estas dos estructuras demuestra que se practicaban ciertos cultos en esas cuevas, comprobando el carácter sagrado del mundo subterráneo.

Se encontró una construcción más o menos comparable, aunque con dimensiones mucho mayores, a la entrada de la cueva del Altar, a orillas del río Santo Domingo (Stone 1984). Consta de dos grandes plataformas circulares superpuestas, la parte inferior mide 10 m de diámetro; en el centro, están colocadas horizontalmente dos losas rectangulares de 1 x 2 m, con una losa parecida vertical en la cabecera de cada una; aunque no se señaló la presencia de algún material, parece afirmarse el carácter ritual del conjunto.

Se identificó otro espacio ritual en la cueva de Las Ruinas abajo descrita, a más de 100 m de la luz del día. Se trata de un conjunto de estalagmitas, estalactitas, columnas y cortinas de diversos colores y dimensiones (Fig. 7), de las cuales una decena de concreciones muestran huellas de percusión en una o varias caras (Fig. 8), mientras que otras, más finas y quebradas, tapizan el piso; algunas emiten todavía sonidos particularmente armoniosos y es válido concebir su uso como instrumento de música.

Existen unos conjuntos semejantes a varios centenares de kilómetros más al sur, en la extensa península kárstica de Yucatán. En la Plataforma de Venus, en Chichén Itzá, se descubrió gran cantidad de conos calcáreos tallados en forma de estalagmitas e interpretados como tambores de piedra. Según Puleston (McLeod y Puleston 1978), esos conos-tambores formaban parte de un gigantesco instrumento lítico (que nombramos litófono), que se percutía para invocar la clemencia de los dioses locales

de la lluvia, los chaques. Estos conos de piedra serían la copia de concreciones cuya sonoridad resulta fantástica al golpearlas. Se observaron rastros de impacto en estalactitas de la cueva de Loltún (Yucatán); y en numerosas grutas, tanto del área cultural maya (Balankanché, Yucatán) como de la Sierra Mazateca (Tunso-on, Hapka y Rouvinez 1993) se han arrancado concreciones. Además de su función como instrumento de música, se han encontrado esas estalactitas como ofrendas o como piedra esculpida en diversos sitios ceremoniales, como por ejemplo, Yaxchilán (Chiapas).

Se estableció un tercer tipo de acondicionamiento para el culto en la cámara de entrada del nacimiento del río Oropán, en una cornisa rocosa¹⁰ a 9 m de altura arriba del río; la superficie inicial se amplió y aplanó gracias a dos muros de piedras sin mortero; esos muros de contención, de 1.30 m de alto, bordean la terraza, con 2 y 3 m de largo, uniendo tres grandes bloques. Cuatro concreciones fueron puestas verticalmente al lado una de otra encima de la plataforma, paralelamente a la pared; su altura se incrementa de 0.60 a 1 m en la dirección oeste-este, mientras que su diámetro varía de 0.15 a 0.25 m. La ausencia de material arqueológico no permite fechar las estructuras.

Podemos pensar en una función de culto o ceremonial. En efecto, ciertas cuevas de la región mazateca han sido, o siguen siendo, utilizadas en el contexto de ceremonias relacionadas con la lluvia y las cosechas, como ya mencionamos.

Se observaron otros testimonios de actividades de culto. En la cueva compleja de Agua Canoa, encontramos a unos 100 m de la entrada, a lo largo de una pared, tres montículos de aproximadamente 2 m de diámetro cada uno, reagrupando tepalcates de cerámica y algunos huesos quemados de animales; se trata sobre todo de cajetes de cerámica de pasta fina y dimensiones medianas a pequeñas; este conjunto evoca una ceremonia en la cual se hubiera roto la cerámica en forma voluntaria y sacrificado animales pequeños en calidad de ofrendas. Thompson (1957: 126) así como Pendergast (1971: 112) mencionan vestigios similares, asociándolos con la recolección de agua pura. En la actualidad se sigue practicando tal ceremonia en Chiapas y en las Tierras Altas de Guatemala (Carot 1989: 26).

Acondicionamientos vinculados con el agua

Observamos en las cuevas diferentes estructuras destinadas a recolectar agua. Se diferencian por su accesibilidad y su grado de elaboración. Existen pequeñas pozas naturales, presas acondicionadas con bloques, excavaciones en el sedimento limoso cuyos bordes han sido consolidados con brocales de piedra; por último, acondicionamientos con bloques colocados en círculo para formar un receptáculo profundo.

Notamos que varias fuentes siguen usándose hoy en día para fines domésticos. Se hallan en la entrada de las cuevas o en simples grietas y son de fácil acceso.

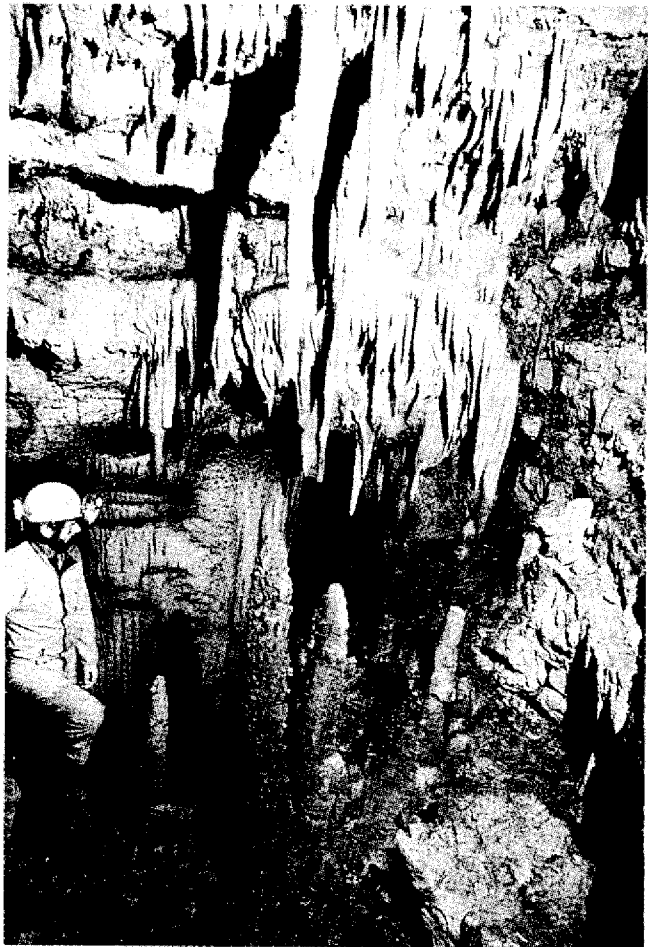


Figura 7 - Vista del conjunto del Litófono de Las Ruinas (foto Urs Widmer).

Algunas, utilizadas durante el Postclásico, fueron abandonadas, pues están demasiado alejadas de los asentamientos actuales; otras, de difícil acceso y con un caudal de agua relativamente pobre, se usaban seguramente con fines exclusivamente rituales. Los tepalcates postclásicos hallados en el fondo o cerca de las fuentes permiten fechar esas estructuras.

Encontramos escaleras acondicionadas mediante bloques o losas, para facilitar el acceso a esas pozas (o a otros puntos de agua como un arroyo subterráneo). Por lo general, se localizan en la entrada de las grutas y en ciertas ocasiones, son bastante considerables, como lo



Figura 8 - Detalle del Litófono de Las Ruinas: huellas de percusión en una estalagmita (foto Urs Widmer).

demuestra el ejemplo de un cono de deslaves en el que se acondicionaron escalones a lo largo de 40 m y con un desnivel de 20 m. La presencia de troncos de árboles, en los que se labraron unos escalones, atestigua que en la actualidad se acude todavía a esos pasajes acondicionados.

Aparte de esas pozas, existen pequeñas plataformas de piedras sin mortero acondicionadas en las zonas de entrada y más profundamente en el interior de la cueva. Posiblemente cumplían la función de sostener jarras para el agua, cuando se localizan justo debajo de las goteras.

Existen también numerosos lugares en las cuevas y hendiduras, donde simplemente se colocaban jarras para recolectar el agua de las goteras, abajo de las estalactitas. Son pequeñas grutas con entrada exigua, nichos en hendiduras o abrigos; hallamos cuatro sitios de este tipo al margen de un camino, alejados de los asentamientos actuales. Parece poco probable la explotación para fines domésticos, dada la poca cantidad de líquido recolectado. Así se verifica con mayor probabilidad un uso ritual como fuente de agua pura. Esas jarras para el agua ofrecen características de cerámica tosca del Postclásico. De esa manera, en cuevas de la región maya, se recolectaba el agua para usos ceremoniales, ya que se consideraba pura por estar a cubierto de las miradas y ser de difícil acceso (Thompson 1959).

Muros de entrada

Numerosas entradas de cuevas o galerías están cerradas por un muro de piedras y grandes bloques calcáreos. Por lo general, cuentan con un pasaje estrecho. La altura de esa construcción puede alcanzar 2.50 m, como en Las Ruinas.

La cueva de Las Ruinas: sitio funerario y de culto mazateco

Esta amplia cueva se localiza en la meseta del Cerro Rabón, a cerca de 1 100 m de altura. Se abre en la ladera de una gran dolina, en las

inmediaciones del pueblo de Las Ruinas, cuyas primeras casas se hallan a unas escasas decenas de metros. La consecuencia ha sido la destrucción y, específicamente, el saqueo de las estructuras funerarias. Sin embargo, los vestigios arquitectónicos parcialmente conservados permiten evaluar la importancia de su ocupación. Se trata de una cueva compleja cuya extensión alcanza 461 m y la profundidad máxima 39 m (Fig. 9).

La entrada está formada por una sima de hundimiento con paredes verticales. Se utilizaba para acceder sin demasiadas dificultades a la galería subhorizontal donde se hallan los vestigios arqueológicos. Desde el punto de vista morfológico y arqueológico, se distinguen tres zonas principales: la zona de entrada, la galería de la Necrópolis y la galería del Litófono.

Zona de entrada

La entrada se abre en una dolina con fondo plano de 40 x 20 m de diámetro. Un derrumba-

miento con pendiente empinada permite bajar hasta el fondo de la cámara de entrada. En este lugar se abren los accesos a las galerías opuestas, con un promedio de 5 m de ancho y entre 0.50 y 8 m de alto. De hecho se trata del mismo conducto único parcialmente cegado por importantes depósitos sedimentarios, y cuyo techo se derrumbó a la altura de la cámara de entrada.

La zona de entrada (dolina y cámara de entrada) se caracteriza ante todo por la iluminación natural. Una escalera (Z) o más bien una rampa acondicionada, de 40 m de largo y con un desnivel de 20 m, permite pasar del fondo de la dolina a las entradas de las dos galerías. Grandes bloques fueron toscamente colocados, formando escalones más o menos regulares. No obstante el acceso no es muy cómodo, ya que los bloques se han vuelto sumamente resbaladizos a causa de las goteras que caen de la bóveda y alimentan pequeños charcos. Los numerosos fragmentos de jarras que tapizan el suelo atestiguan la dificultad de subir el precioso líquido hasta la superficie.

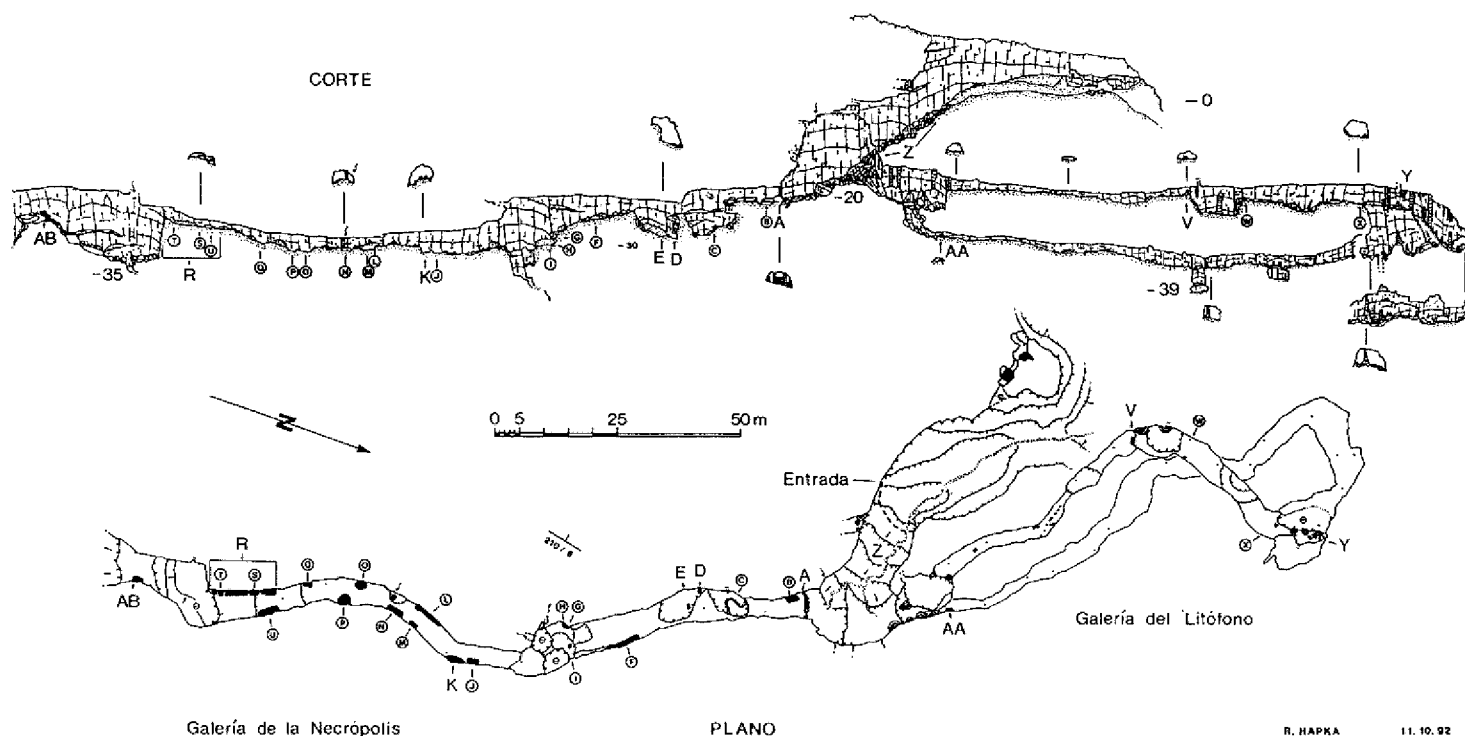


Figura 9 - Corte y plano de la cueva de Las Ruinas; localización de las estructuras arqueológicas.

Galería de la Necrópolis

Hacia el sur, la galería de la Necrópolis prosigue con una extensión de 125 m. Se halla entrecortada por numerosos desniveles, así como dos pozos sin salidas alimentados por chorrillos de agua. El relleno, con espesor de por lo menos 6 m en ciertas partes, está esencialmente constituido por limos y bloques.

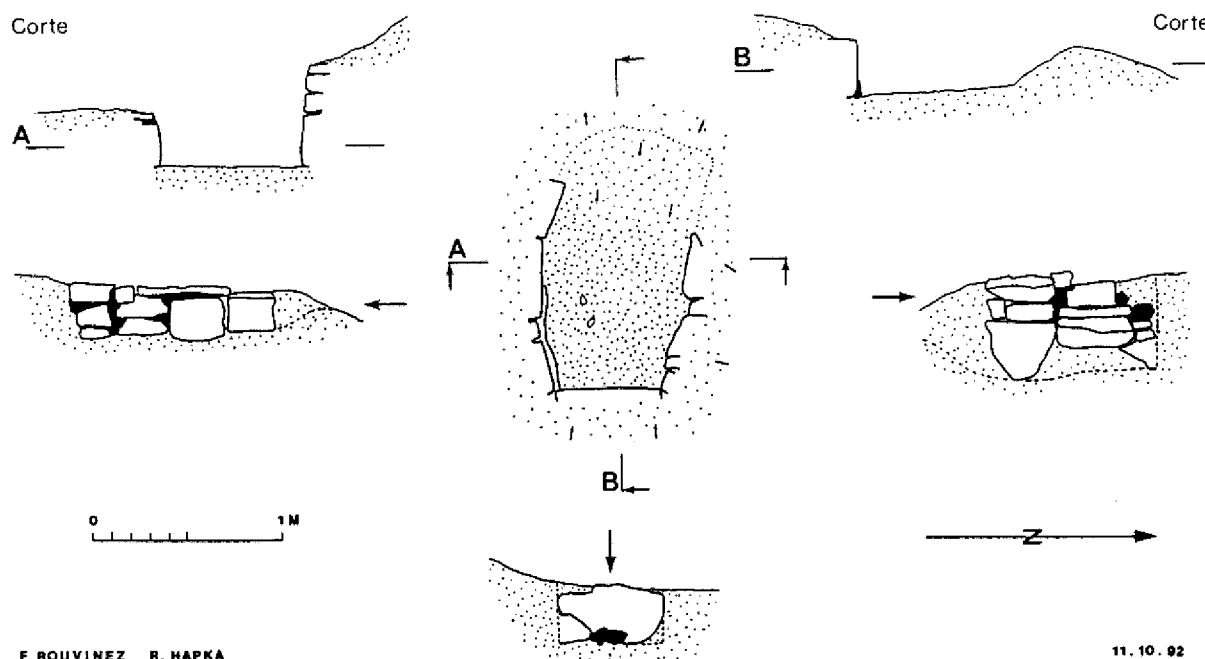
Cuatro imponentes columnas de estalagmitas separan esta galería de la cámara de entrada.



Figura 10 - Columnas estalagmíticas y muro colocado para tapar la entrada de la galería de la Necrópolis en Las Ruinas (foto Fabienne Rouvinez).

Están unidas por un muro (A) de grandes piedras sin mortero, de 5.5 m de ancho y 2.5 m de alto (Fig. 10). Este muro no alcanza el techo y se dejó una abertura en el lado este. Impide el acceso a una amplia necrópolis que contiene más de 20 estructuras o grupos de estructuras funerarias (de B a U y AB). Debido a las destrucciones, la arquitectura original de las tumbas queda a menudo poco evidente, pero grandes concentraciones de bloques regulares, losas, mortero y tepalcates no dejan ningún lugar a dudas acerca de la presencia de esas estructuras ni de su naturaleza funeraria. La Necrópolis cuenta con unas treinta tumbas, de las cuales sólo algunas pudieron clasificarse en grupos tipológicos precisos: una pertenece al grupo 0; siete son tumbas total o parcialmente enterradas del grupo 1; mientras que once pertenecen también a este grupo, aunque estén construidas sobre el suelo. Circunscribiremos la descripción a las tumbas mejor conservadas en cada uno de los tipos reconocidos. Mencionemos que los depósitos funerarios que hubieran permitido observar los ritos asociados se encuentran totalmente trastornados.

LA TUMBA E de Las Ruinas (Fig. 11) se clasifica en el grupo 0. Se emparenta con una tumba



F. ROUVINEZ, R. HAPKA

11. 10. 92

Figura 11 - Plano y cortes de la tumba E de Las Ruinas.

en forma de cajón. Mide en su estado actual 1.10 m de largo, 0.76 m de ancho y 0.40 m de altura máxima. Es de forma rectangular y orientación este-oeste. Su construcción combina losas verticales y horizontales, unidas con mortero de lodo. Al sur, el lado largo incluye de una a tres hileras de bloques; al este, el lado corto está formado por un solo bloque vertical, mientras que al norte, el lado largo, parcialmente apoyado contra la pared rocosa natural, posee hasta cuatro capas. Al oeste, el lado corto no presentó indicio alguno de bloques, por lo que podría tratarse del acceso. No se identificó el tipo de cubierta y originalmente, la tumba estaba parcial o totalmente enterrada. Aunque sus dimensiones sean más reducidas, esta estructura puede compararse a la tumba en forma de cajón no enterrada señalada por Winter (1984) en la cueva de Tenango.

Todas las demás estructuras funerarias forman parte del grupo 1.

LA TUMBA D ha de haber sido totalmente enterrada originalmente. La construcción es idéntica a la tumba E, pero sólo tres lados están acondicionados, mientras que el cuarto está sustituido por un enorme bloque del relleno de la galería. También el techo está constituido por bloques del lugar. El acceso era lateral, por el lado sur. Sus dimensiones reducidas (1 x 0.70 x 0.50 m) la colocan entre las más pequeñas estructuras funerarias halladas.

LA TUMBA K mide aproximadamente 3 m de largo, 1 m de ancho y 0.50 m de altura conservada. Esta estructura alargada y de plano rectangular ha de haber sido también parcial o totalmente enterrada. Sólo se conservó la parte situada por debajo del nivel del suelo, y se observa que dos de los tres lados construidos se apoyan contra la pared de la galería. Están constituidos por bloques y losas de forma alargada, hasta de 1 m de largo. Se observan rastros de mortero de cal en algunos bloques, lo cual deja suponer la presencia de estuco.

LA TUMBA R, con 9.90 m de largo, 1 m promedio de ancho y 0.50 m de alto, es la estructura más imponente de la cueva de Las Ruinas. Se trata de un verdadero pasillo construido a lo largo de la pared oeste, aprovechando al máximo la morfología de la galería. Grandes losas caídas

del techo cierran en parte un desplome de la pared. Losas más pequeñas se utilizaron para constituir un espacio cerrado y los intersticios se obstruyeron con arcilla. Algunos bloques derrumbados en el pasillo dejan suponer que esta estructura se dividía en varias cámaras funerarias. Se puede penetrar en la tumba por ambos extremos, pero la entrada sur es una simple grieta muy estrecha situada arriba de un pozo de unos 10 m de hondo.

Por último, en el extremo de la galería de la Necrópolis, protegida por ese pozo, se encuentra la estructura AB, única tumba no enterrada del grupo 1 que no se encuentra totalmente destruida. Se emparenta, por sus dimensiones y arquitectura, con la tumba K.

Así, las tumbas están instaladas a lo largo de las paredes hasta cerca de 130 m de la luz del día y el acceso a la galería se acondicionó de modo a protegerla del mundo exterior por una entrada con muro. Esta voluntad de aislamiento expresa con toda certeza el deseo de enterrar a los muertos en la profundidad del mundo subterráneo. El acondicionamiento espacial de las tumbas, agrupadas o aisladas, refleja una organización social difícil de identificar, dado el mal estado de conservación de las estructuras y la desaparición de la mayoría del material que contenían.

Galería del Litófono

Al norte, la galería del Litófono está totalmente cegada, en algunas partes, por rellenos de sedimentos finos y concreciones. En efecto, después de una cámara con muchas concreciones, el suelo sube progresivamente y sólo se puede llegar a la parte siguiente reptando por un pasaje bajo y ancho de apenas 0.30 m de alto. La galería, interrumpida por un desnivel de 8 m, se vuelve entonces espaciosa (4 m de diámetro en promedio) y cada vez con más concreciones. Después de unos 100 m y una curva cerrada a 180°, vuelve a estrecharse, desembocando entre los grandes bloques que cubren el suelo de la primera cámara.

La galería del Litófono parece haber desempeñado una función de culto de suma importancia, dada la presencia de un altar (V) y de

un litófono (Y). Contiene una sola estructura funeraria, una tumba diminuta (AA) perteneciente al grupo 1. Es notorio que esta última no fue destruida y que su cubierta de losas se encuentre conservada.

Al salir del pasaje bajo ya mencionado se llega a una pequeña cámara de aproximadamente 25 m² cuyo límite norte se termina con un desnivel de 5 m. En este lugar se levantó el altar (V), con lados de 1.60 y 0.35 m y de 0.30 a 0.40 m de alto (Figs. 12 y 13). Dos estalagmitas de 0.70 y 0.50 m de alto están paradas en el extremo oeste de la construcción. Algunas losas del basamento están recubiertas por la calcita que escurrió de ambas estalagmitas. En el centro de la sala, enfrente del altar, dos concentraciones de carbón, con espesor de

aproximadamente 0.03 m y diámetro máximo de 0.50 m, indican áreas de combustión.¹¹ A unos diez metros del altar se encuentran dos levantamientos (W y X) de piedras, parcialmente destruidos, de 0.30 a 0.40 m de alto y de plano cuadrado de 0.50 m de lado. Se desconoce la función de esas pequeñas plataformas.

El Litófono (Y) arriba descrito se sitúa a unos 30 m después del altar. Es interesante señalar que al golpearlo, la acústica resulta excelente en la sala del altar. La resonancia crea un espacio fónico entre esas diferentes estructuras: por lo tanto, se puede imaginar uno a algunas personas cerca del altar mientras alguien golpeaba esos órganos de piedra.

Además de la actividad doméstica que se desempeñaba naturalmente en la cámara de entrada, los vestigios descubiertos en la cueva de Las Ruinas cumplían una función funeraria y de culto. Su presencia en tal galería y no en otra demuestra que existió una planeación en la organización del espacio: por un lado, las estructuras funerarias; por el otro, los acondicionamientos para cultos. Por lo tanto, los antiguos mazatecos decidían del emplazamiento de las diversas construcciones, después de una visita detallada. Por ejemplo, en el caso de la Necrópolis, escogieron una galería con

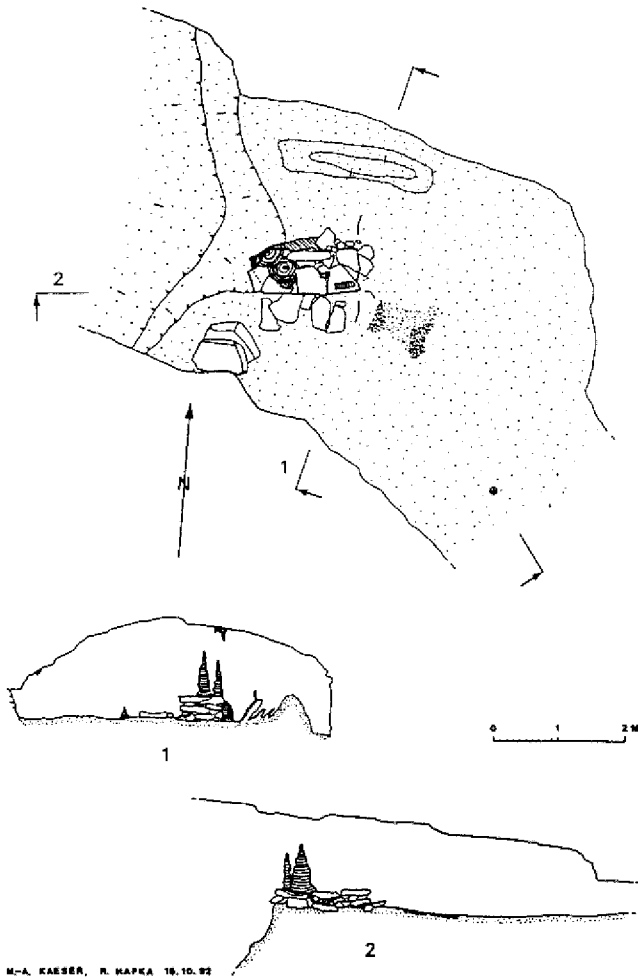


Figura 12 - Plano y cortes del altar de Las Ruinas.

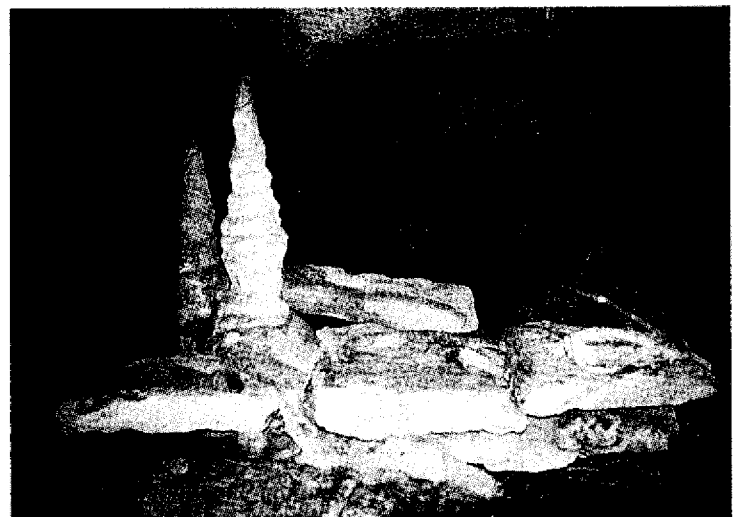


Figura 13 - Altar de Las Ruinas, en primer plano se distinguen perfectamente las coladas de calcita cubriendo las losas del basamento (foto F. Rouvinez).



Figura 14 - Jarra grande para agua de Nita Tii en cerámica burda (foto Ernest Garza).

grandes dimensiones que permitía un transporte relativamente fácil de los restos mortales, mientras que se podía acceder al lugar seleccionado para celebrar los cultos en la galería del Litófono, sólo después de una reptación laboriosa.

Material y fechamiento

El estudio del material cerámico nos permite fechar la ocupación de las cuevas del Cerro Rabón en el Postclásico (900-1521 d.C.). En Las Ruinas, como en la mayoría de las otras cavidades, numerosos tepalcates cubren el suelo. Fragmentos de ollas con pasta gruesa se hallan en el derrumbe de la zona de entrada, atestiguando el transporte de agua. Se identificó cerámica más fina, a veces decorada, en la galería de la Necrópolis (más de 1 000 tepalcates), donde se asocia con las estructuras funerarias. En cambio, se encontraron menos de diez tepalcates en la galería del Litófono y esto sólo en los primeros metros.

En Las Ruinas, determinamos cuatro grupos de cerámica que se encuentran en los otros sitios estudiados durante la prospección, así como en la cueva de Tenango (Winter *et al.*, en prensa):

1. Cerámica burda de color anaranjado-café; se trata en especial de grandes vasijas utilitarias, como jarras, ollas y cántaros (Fig. 14).

2. Cerámica con pasta fina gris, común en varias regiones de Oaxaca durante el Postclásico y que aparentemente se elaboraba en distintos lugares durante ese periodo; por ejemplo, los cajetes hemisféricos (Fig. 15a).

3. Cerámica fina pintada, representando un tipo propio de la Sierra Mazateca.

4. Cerámica magníficamente decorada, por ejemplo de tipo *Teotitlán Inciso* (Fig. 15b)

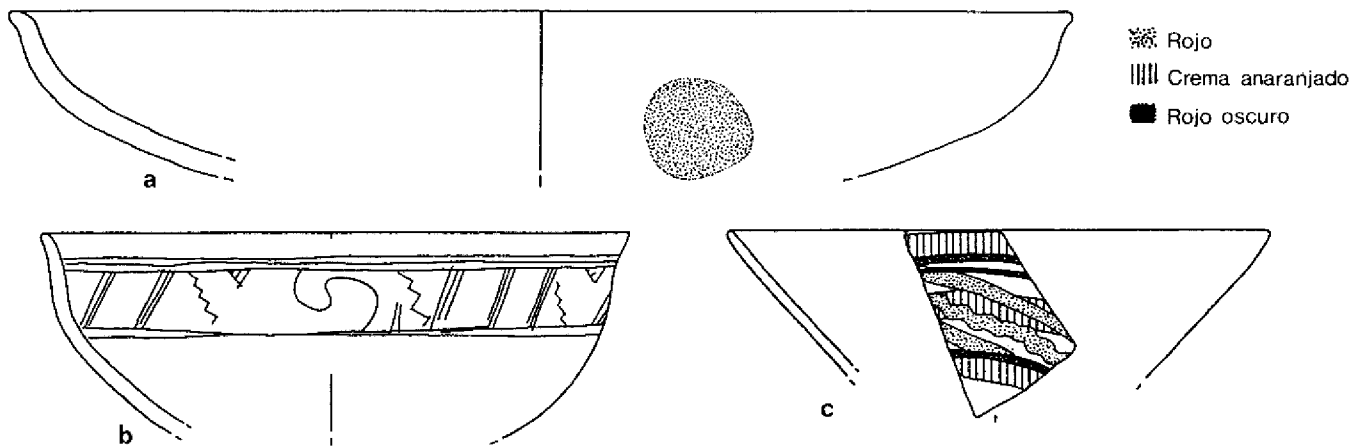


Figura 15 - Cerámica de Las Ruinas. a) Fina de Pasta Gris; b) Teotitlán Inciso; c) Policroma de la Chinantla. Escala 1:2.

procedente de la región de Teotitlán Flores Magón en la Cañada, así como cerámica policroma de la Chinantla (Fig. 15c).

Los grupos 1, 2 y 3 son de elaboración local, mientras que el grupo 4 es importado.

No es simple precisar la cronología dentro del Postclásico. Por un lado, el material de Las Ruinas se emparenta con lo hallado en la cueva de Tenango, conjunto fechado en el Postclásico Reciente (Winter *et al.*, en prensa); por el otro, la presencia de cerámica de tipo *Teotitlán Inciso*, localizada en la fase antigua de La Venta Salada del valle de Tehuacán (MacNeish *et al.* 1970: 204-205), nos hace pensar en una fase más antigua del Postclásico.

En la cueva de Tenango, se encuentran asociadas cerámicas con engobe rojo de la Cuenca de México y de tipo *Teotitlán Inciso*. Por lo pronto resulta difícil aclarar esto, pero la ausencia de cerámica azteca en Las Ruinas no constituye un argumento suficiente para fechar la ocupación en el Postclásico Temprano; la cerámica de tipo *Teotitlán Inciso* puede haber perdurado ahí por más tiempo.

El estado actual de la investigación, con respecto al material de la Chinantla, permite fechar esta cerámica en el Postclásico, sin lograr afinar la cronología.

Estas cerámicas de importación demuestran contactos con regiones periféricas de la Chinantla y del valle de Tehuacán durante el Postclásico, así como entre el valle de Tenango y la meseta del Cerro Rabón, evidenciados por la presencia de cerámica fuertemente emparentada en ambas zonas.

Obviamente, no podrá establecerse ninguna cronología general del Postclásico en la región mazateca antes de emprender excavaciones estratigráficas.

Discusión y conclusión

Refiriéndonos a la historia de la investigación, en Mesoamérica se ha estudiado y discutido el papel de las cuevas principalmente en el contexto de la cultura maya. Las condiciones eran favorables, por la fuerte densidad de cavidades en la península calcárea de Yucatán, así como

las numerosas investigaciones arqueológicas realizadas en relación con los sitios ceremoniales mayores. En 1959, Thompson publicaba un ensayo de síntesis sobre el tema; desde entonces, investigaciones más recientes (Bonor Villarejo 1989, Brady 1989 y 1991, Carot 1989) confirmaron esas hipótesis. Resulta que las cuevas tenían diversas funciones:

- ✦ Moradas de los dioses
- ✦ Lugares míticos de nacimiento de los pueblos
- ✦ Centros ceremoniales
- ✦ Centros de recolección de agua pura o ritual
- ✦ Sitios funerarios
- ✦ Refugios y depósitos
- ✦ Viviendas (en raras ocasiones).

Otras investigaciones se han emprendido en la Cuenca de México; la presencia de una cueva por debajo de la Pirámide del Sol en Teotihuacán determina, según Heyden (1975, 1981), el lugar de fundación del sitio, así como su disposición geográfica. Estas últimas interpretaciones se han verificado en Petexbatún, Guatemala (Brady 1991), con el descubrimiento de estructuras y objetos en cavidades naturales sitas a plomo de los templos y pertenecientes a las primeras ocupaciones del sitio.

Sin embargo, se observan variaciones locales en el mismo seno de la cultura maya. Al norte del territorio, las cuevas-santuarios eran más comunes, en asociación con un culto especializado a los dioses de la lluvia y de la naturaleza. Los mayas del sur preferentemente daban un uso funerario a las cuevas, respondiendo más bien a sus creencias en los dioses del inframundo (Bonor Villarejo 1989: 36); tomando en cuenta este contexto, puede hablarse de una cultura regional.

Concluamos con una evocación de las diversas utilidades del mundo subterráneo en la cultura mazateca del Postclásico.

- ✦ Existe en la región estudiada una fuerte concentración de sitios funerarios en cuevas (27 cavidades), incluyendo no sólo osamenta esparcida o agrupada, sino principalmente estructuras funerarias construidas; un intento de tipología de las tumbas halladas permitió clasificar las 79 estructuras en cuatro tipos, en base al criterio prevaleciente de la cantidad de paredes naturales utilizadas en cada construcción; se pudo fechar la mayoría de las tumbas en el Postclásico gracias a la cerámica que las acompaña.

- ✦ Resulta difícil localizar los lugares de culto propiamente dichos; son menos numerosos y en la Sierra Mazateca, existen dos tipos: por un lado, construcciones de piedra sin artefactos, por tanto difíciles de fechar;¹² por el otro, montículos de cerámica, quebrada durante ritos conocidos en el resto de Mesoamérica.
- ✦ Los vestigios de la recolección de agua pura son más discretos; se trata sobre todo de jarras colocadas en lugares ocultos; ciertas cuevas parecen haber desempeñado ese papel.
- ✦ La única función doméstica conocida se refiere a la recolección de agua en las pozas construidas en la entrada de las cuevas; algunas de ellas siguen usándose incluso hoy en día.

Aparte de la función doméstica de recolección del agua, constatamos entonces que la cultura mazateca del Postclásico se caracteriza por la utilización del mundo subterráneo tanto en el contexto funerario como en el ritual. En consecuencia, se enlaza con las tradiciones mayas, no obstante alejadas a nivel cultural y geográfico.

En el estado actual de avance de las investigaciones, la Sierra Mazateca, región periférica, apartada de las capitales, no ha revelado



Figura 16 - Un poco de luz traspasa la vegetación que casi tapa uno de los "pozos" de acceso de la cueva de Agua Canoa; alumbra las dos estelas del altar situado abajo a la derecha (foto Ernest Garza).

la existencia de un gran centro con arquitectura ceremonial; son las cuevas las que probablemente desempeñaron una función para el culto (Fig. 16).

Estos diversos factores apuntalan la existencia de una tradición mesoamericana que rebasa ampliamente la esfera maya. Se vincula con creencias comunes en lo que concierne a las cuevas y con un simbolismo muy fuerte presente en toda la región (Carot 1989: 30). *

Notas

- 1 Para realizar estos trabajos, obtuvimos la ayuda financiera del Fondo Nacional Suizo de Investigación Científica y de la Dirección General de Asuntos Culturales de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México. Queremos en particular expresar nuestros agradecimientos al profesor Michel Egloff, de la Universidad de Neuchâtel, así como al doctor Marcus Winter del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) del Centro Regional de Oaxaca.
- 2 Un karst es una región formada por rocas carbonatadas, compactas y solubles, en las cuales aparecen formas superficiales y subterráneas características (Choppy 1985; también recurrimos a esta obra para las otras definiciones que aparecen en las notas).
- 3 Una dolina es una depresión más ancha que profunda, con forma ovalada, característica de la topografía kárstica.
- 4 Se trata de tres tumbas hipogeas que no fueron edificadas en cuevas sino al aire libre. La presencia de una cámara funeraria en forma de pasillo con muros perforados a manera de nichos, de un pasadizo para entrar, así como de muros y bóvedas construidos con losas perfectamente labradas y aparejadas, recuerda en general las tumbas edificadas en diferentes periodos en Monte Albán y en el valle de Oaxaca. Un cuarto sitio en superficie ofreció seis tumbas sencillas, con dimensiones más pequeñas y una ejecución menos fina.
- 5 Bonor Villarejo (1989: 23-24) propone otra clasificación, basándose más en las dimensiones de las entradas a las cuevas que en el carácter morfológico global.
- 6 Seis años de exploraciones en el Kijahe Xonjtoa (La Puerta Olvidada) han permitido penetrar a 1 180 m de profundidad y encontrar uno de los ríos ausentes de la superficie. En total, se han topografiado 18 km de galería en este inmenso sistema cuya exploración prosigue (Meyers 1992).
- 7 Un pozo es un conducto vertical hacia abajo, de origen natural.
- 8 Esta costumbre propia de los antiguos mazatecos, que consiste en seleccionar en ciertas ocasiones lugares con acceso extremadamente difícil, ya se había observado a

- orillas del río Santo Domingo, donde Stone (1988) señala tres cuevas arqueológicas encaramadas en pleno acantilado a más de 70 m arriba del nivel del suelo.
- 9 El tiempo de construcción necesario es un criterio que los antiguos mazatecos tenían que tomar en cuenta, considerando que los medios de iluminación antiguos (antorchas y lámparas de aceite) distaban mucho de los resultados obtenidos por los actuales.
- 10 Una cornisa rocosa es un rellano rocoso subhorizontal en una pared. Sinónimo, banquetea.
- 11 Se tomaron muestras de carbón para fecharlas con el método del ^{14}C .
- 12 Sin embargo, su coexistencia con las tumbas nos permite suponer cierta contemporaneidad.

Bibliografía

- Bitterli, T. et al. 1990 - *Proyecto Cerro Rabón, México, 1985-1989*. Speleo Projects, Basilea.
- Bonor Villarejo, J.L. 1989 - *Las cuevas mayas: simbolismo y ritual*. Instituto de Cooperación Iberoamericana, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Brady, J.E. 1989 - *An Investigation of Maya Ritual Cave Use with Special Reference to Naj Tunich, Peten, Guatemala*. Tesis. University of California, Los Angeles.
- 1991 - The Petexbatun Regional Cave Survey: Ritual and Sacred Geography. *XLVII International Congress of Americanists, New Orleans, Los Angeles*, 7 de julio de 1991, Nueva Orleans.
- Carot, P. 1989 - Arqueología de las cuevas del norte de Alta Verapaz. *Cuadernos de Estudios Guatemaltecos* I. CEMCA, México.
- Choppy, J. 1985 - *Dictionnaire de spéléologie physique et karstologie*. Spéléo-Club de Paris, Club Alpin Français, Paris.
- Colton, B. 1986 - Beyond Huautla. Informe no publicado.
- Fauvet-Berthelot, M.-F. 1986 - Ethnopréhistoire de la maison maya (Guatemala 1250-1525) *Collection Etudes Mésoaméricaines* I-13. CEMCA, México.
- Hapka, R. y F. Rouvinez 1993 - Prospección arqueológica de cuevas del Cerro Rabón 1992 (Oaxaca, México). Informe no publicado. Université de Neuchâtel.
- Heyden, D. 1975 - An Interpretation of the Cave underneath the Pyramid of the Sun in Teotihuacan, Mexico. *American Antiquity* 40(2): 131-147.
- 1981 - Caves, Gods, and Myths: World-View and Planning in Teotihuacan. In Benson E.P. *Mesoamerican Sites and World Views*: 1-35. [Conferencia en Dumbarton Oaks, 16-17 octubre 1976.] Harvard University, Washington.
- Inchaustegui, C. 1977 - *Relatos del mundo mágico mazateco*. INAH, México.
- 1983 - *Figuras en la niebla: relatos y creencias de los mazatecos*. Colección La Red de Jonás, Premiá editora de libros S.A., Tlahuapan, Puebla.
- MacLeod, B. y D. Puleston 1978 - Pathways into Darkness: the Search for the Road of Xibalba. Comunicación presentada en la *Tercera Mesa Redonda de Palenque*, 12-18 junio 1978: 71-77.
- MacNeish, R. S. et al. 1970 - *The Prehistory of the Tehuacan Valley: Ceramics* 3. University of Texas Press, Austin.
- Meyers, K. 1991 - Cerro Rabón 1989. *Association for Mexican Cave Studies: Activities Newsletter* 18: 64-69.
- Moser, C.L. 1975 - Cueva de Ejutla: ¿una cueva funeraria postclásica? *Boletín del INAH* 14: 25-36.
- Pendergast, D.M. 1971 - Excavations at Eduardo Quiroz Cave, British Honduras. *Royal Ontario Museum Occasional Paper* 21.
- Steele, J.F. 1987 - *Blade Cave: an Archaeological Preservation Study in the Mazatec Region, Oaxaca, México*. Tesis. University of Texas, San Antonio.
- Stone, W.C. 1988 - Vine Cave and other Tales from the Peña Colorada Canyon. *Association for Mexican Cave Studies: Activities Newsletter* 17: 50-58.
- Thompson, J.E.S. 1959 - The Role of Caves in the Maya Culture. *Mitteilungen aus dem Museum für Völkerkunde in Hamburg* xxv: 122-129.
- Villa Rojas, A. 1955 - Los mazatecos y el problema indígena de la cuenca del Papaloapan. *Memorias del Instituto Nacional Indigenista* 7. México.
- Winter, M. 1984 - La cueva de Tenango, descubrimientos arqueológicos en la Sierra Mazateca de Oaxaca. *Simpósio de Oaxaca en Jalisco*. Guadalajara, México.
- 1986 - La dinámica étnica en Oaxaca prehispánica. In Barabas A. y M. Bartolomé., *Etnicidad y pluralismo cultural: la dinámica étnica en Oaxaca*: 99-141. INAH, México.
- 1989 - *Oaxaca, the Archaeological Record*. Minutiae Mexicana, México.
- Winter, M. y J. Urcid 1976 - Una mandíbula humana grabada en la Sierra Mazateca. *Notas mesoamericanas* 12: 39-49.
- Winter, M. et al. (en prensa) - La cueva de Tenango: arqueología en la Sierra Mazateca.